

Tolstoi se equivocó

■ Existen grandes hombres que han pasado a la historia de la humanidad, como científicos, artistas, estadistas o escritores, a quienes se les suele citar considerando sus palabras como sagradas y a sus testimonios como irrefutables. Y, sin embargo, como simples mortales que eran, no estaban a salvo del error.

Días atrás, releendo a Tolstoi, el genial autor de "La Guerra y la Paz" y "Ana Karenina" y tantas otras inmortales novelas, me encontré con algunas afirmaciones que me hicieron sonreír por su ingenuidad e ignorancia.

En los últimos años de su vida a Tolstoi le bajó un celo moralista excesivo acompañado de un indisimulado fastidio por su esposa. Ello lo convirtió en un misógino, para quien todas las mujeres eran —por decir lo menos— sospechosas. En uno de sus escritos, encuentro lo siguiente:

"Las mujeres comprenden de sobra que el amor más noble, el más poético, depende no de las cualidades morales, sino de una intimidad física y, también, de la manera de peinarse y del color y la forma del vestido". Y, más adelante, el Conde Tolstoi hace la siguiente afirmación íntima: "Si mi mujer hubiese ido metida en un saco informe, nunca me habría enamorado de ella".

En buen romance, el novelista ruso nos está diciendo algo que la vanidad masculina ha insistido en difundir: que la mujer se viste para el hombre y que lo hace con el objeto de seducirlo.

Profundo error.

Si Tolstoi estuviera aún vivo, yo me habría acercado a él hace un par de semanas y poniéndole cariñosamente la mano en el hombro le habría dicho: "Mira, Conde, te invito a un espectáculo de que seguro te va a interesar". Tolstoi posiblemente me habría preguntado por la naturaleza del espectáculo, pero yo le habría pedido que tuviera confianza en mí y que se dejara llevar.

Habríamos llegado así, a un amplio salón lujosamente arreglado en cuyo centro habría una pasarela adornada con arreglos de flores naturales. Ro-

deando la pasarela, mesitas repletas de petit bouchés y aperitivos, junto a las cuales elegantes damas conversarían, comerían y beberían. Me imagino que esa compañía no le habría gustado a mi famoso invitado, pero, bien educado, como supongo que habría sido, no habría protestado.

Y el show habría principiado.

Por la pasarela desfilaban hermosas damas, exhibiendo vestidos horrorosos, que insinuaban la existencia de cinturas en cualquiera parte, menos donde la naturaleza puso la cintura. El abultamiento de las livianas telas impediría a cualquier varón con curiosidad científica saber cómo eran las caderas de las modelos y cuán bien dotadas ellas estaban o, por el contrario, desprovistas de busto. Y todo esto sucedería entre los "¡Ohhhh!" y "¡Ahhhh!" de las señoras que componían el público y de frenéticos aplausos.

Terminado el desfile de modas, habría tenido que arrastrar al anonadado conde Tolstoi hasta un bar, pedirle un martini en vodka bien seco y terminado por decirle:

"¿Te das cuenta Tolstoi? Es completamente falso que las mujeres se visten para complacer al hombre. Las mujeres se visten para ser admiradas por otras mujeres. El hombre les importa un pito. Ellas crean modas para ser diferentes cada temporada e impactar a las otras, producir la admiración y la envidia de otras mujeres".

Si Tolstoi aún estuviera vivo y lo pudiera haber llevado al desfile de modas al que asistí hace un par de semanas, habría quedado rendido por la evidencia y a lo único que hubiera atinado era a correr a quemar todo lo que escribió respecto a los propósitos de seducción que tenían las mujeres al crear sus vestidos.

Pero, ¡helás! (como dicen los franceses). Hace más de cincuenta años que Tolstoi está muerto y nada puede impedir que siga quedando en ridículo con sus machistas afirmaciones.

Menos mal que, para la tranquilidad del escritor ruso, "Ana Karenina", sigue siendo una excelente novela.

PARTIQUINO